

guen matando con diferentes tipos de cáncer a los habitantes de esta región, que sufren malformaciones congénitas por un efecto transgeneracional (la vida media del uranio-235 es de 24.000 años), así como la esterilización de regiones enteras del Sahara. La otra bomba es la proliferación de minas antipersona, que ha provocado por sí misma miles de muertos y tullidos entre los argelinos.

En “A riesgo de ofender”, el ensayista lamenta el hecho de que la flor y nata del país sea absorbida todos los años por Francia, sin ningún reparo; la emigración elegida obliga. Según el criterio de la Unesco, la formación de un licenciado universitario reporta alrededor de 100.000 dólares. Con un promedio bajo de 5.000 licenciados absorbidos, eso equivale a 500 millones de dólares, por los que Argelia no recibe nada a cambio. Según el fallecido presidente francés Jacques Chirac, “uno de cada siete franceses tiene orígenes argelinos”, lo que explica los 500.000 visados concedidos, que también son una multimillonaria fuente de ingresos por turismo. ¿No sería la obra positiva de Argelia?

Nuestra historia, que es tanto de identidad como religiosa, constituye el cimiento más seguro para evitar que nuestra juventud carezca de identidad y se convierta en presa de todas las corrientes actuales, tanto religiosas como materiales, con una globalización cuya norma es: “¡No pienses! ¡Gasta!”

“La Argelia del futuro: por una segunda revolución de noviembre con los conocimientos del siglo XXI”, es un capítulo que revela la visión estratégica y prospectiva del autor, y confirma, por si fuera necesario, que es vital tener raíces, pero es aún más vital, e incluso decisivo tener alas, es decir, volverse hacia la conquista del futuro adoptando el conocimiento de su tiempo.

Sin rodeos y con una pizca de premonición, este profesor de la Escuela Politécnica, como vigilante indirecto de casi tres milenios de nuestra historia, anuncia que, además de la legitimidad histórica, ha llegado el

momento de que surjan otras legitimidades, de desencadenar otra revolución, la del saber, que permita a los jóvenes, manteniendo sus señas de identidad y su cultura, conquistar el mundo con una mentalidad de ganadores.

En el subcapítulo titulado “Viviendo juntos, una identidad y una historia tres veces milenaria asumida”, basándose en una frase de Burhan Ghalioum, “la sociedad musulmana no necesita tanto un perfume del paraíso sino un gran viento de libertad”, Chems Eddine Chitour sostiene que “este viento debería generar justicia y erradicar todos los privilegios, nepotismos y prebendas (...). Ella (la sociedad) debe sustituir el miedo por la confianza, la tolerancia y el sosiego. La clave de esta renovación es la ‘nacionalización’ del Estado por parte de los ciudadanos que tendrán que arrebatarlo a los intereses particulares”.

Hoy los argelinos y las argelinas reclaman en voz alta su derecho de supervisión sobre todas las decisiones que afectan al futuro de su país. Una ola de protesta que reclama la Segunda República, impulsada por jóvenes en su mayoría, hincha definitivamente las velas del barco Argelia desde el 22 de febrero de 2019.

**Sadja Guiz-periodista-Argelia**



**Intercultural  
Citizenship in the  
Post-Multicultural  
Era**

Ricard Zapata-Barrero, Sage  
Publications Ltd, Londres,  
2019.  
152 pág.

**C**ómo podemos vivir juntos en una sociedad tan diversa? Pensando en temas de actualidad en Europa como la xenofobia, la creciente opinión pública antiinmigrante, el populismo y el neoconservadurismo, el remedio que propone Ricard Zapata es un modelo de ciudadanía intercultural. La raíz del concepto “interculturalismo” significa principalmente el

intercambio cultural a través del contacto. Como paradigma político, la interculturalidad busca desarrollar políticas que promuevan el contacto y el intercambio de conocimientos entre las personas para mejorar la cohesión social. Con esta finalidad, a partir de 2008 el Consejo de Europa lo promueve con una política basada en las ciudades, a través del Programa de Ciudades Interculturales.

Dentro del debate académico, la interculturalidad considera la identidad como un concepto dinámico que no está fijado dentro de los límites de los grupos, la “raza” o la nacionalidad y sugiere reconocer la “super-diversidad” de hoy en día centrándose en los individuos en lugar de en grupos culturales. Desde este punto de vista, el multiculturalismo ha sido criticado por no adaptarse a la era de la super-diversidad y por causar segregación en lugar de inclusión. Se argumenta que al promover la interacción, es posible crear cohesión social y combatir el racismo, la discriminación y la segregación. Este libro puede verse como una colección de todos los argumentos del profesor Zapata, uno de los principales contribuyentes a este debate. Para él, debido a la movilidad global de las personas, la población cada vez más diversa en las ciudades ha conllevado desafíos y una pregunta clave: “¿Cómo vivir juntos?”. La premisa de este libro es que esta diversidad debe gobernarse a través de la ingeniería social.

Además de abogar por el interculturalismo como un paradigma de política de gestión de la diversidad, Zapata sugiere un modelo de ciudadanía intercultural. Según él, la crisis a la que se enfrenta Europa actualmente se puede superar reforzando la identidad y la ciudadanía europea a través del interculturalismo. Analiza los problemas actuales en países europeos como la xenofobia, la islamofobia, el creciente discurso antiinmigrante dentro de algunos partidos políticos, etc., y sugiere que, sin la intervención pública a través de políti-

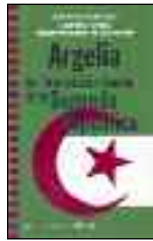
cas interculturales, esta diversidad puede tener efectos devastadores. Siguiendo su argumento de que es necesario desarrollar un nuevo modelo de ciudadanía que reconozca toda la diversidad, Zapata sitúa la “ciudadanía intercultural” dentro del pensamiento tradicional del republicanismo. Defiende que hay puntos en común entre el modelo de ciudadanía republicana –cuyas principales características son la participación pública y las prácticas compartidas– y la “ciudadanía intercultural”, y propone utilizar el modelo de ciudadanía intercultural para reforzar la “identidad europea”. Zapata presenta la premisa republicana de la siguiente forma: “No se es un ciudadano intercultural, sin convertirse en uno”. Según él, la única forma de hacerlo es moldear el espacio público y construir una nueva “cultura pública de la diversidad”.

Zapata enfatiza la importancia de los espacios públicos de socialización y el papel que juegan en la creación de un sentido de comunidad, inclusión, comunicación intercultural y, por lo tanto, formación de ciudadanía intercultural. Aunque su concepción del modelo de ciudadanía intercultural aboga por espacios públicos accesibles que estén abiertos a todas las formas de contacto, argumenta que el papel socializador de la “experiencia espacial” también puede generar conflictos. Se puede afirmar entonces que Zapata no solo defiende que hay que dar forma al espacio público, sino que también está a favor de que las instituciones públicas gestionen la experiencia espacial de las personas en los espacios físicos compartidos mediante la aplicación de políticas interculturales que eviten conflictos.

Este es un libro esencial para comprender el debate sobre la interculturalidad, el por qué se percibe la diversidad como un reto y a la vez como una ventaja, las soluciones para los desafíos relacionados con la diversidad propia de las sociedades europeas, así como la importancia de la intervención pública en la ges-

ción de la diversidad y los espacios públicos.

**Iren Eylul Karaoglu Tunc-Universidad Pompeu Fabra (UPF)**



**Argelia en transición hacia una Segunda República**

Aurèlia Mañé Estrada, Laurence Thieux y Miguel Hernando de Larramendi, Icaria – IEMed, Barcelona, 2019. 135 pág.

**A**rgelia está a tiro de piedra de Barcelona, pero al mismo tiempo es percibida como un país opaco y secreto. Un país clave para España que, sin embargo, pocos españoles conocen en profundidad. Tres de estos últimos son Laurence Thieux, Aurèlia Mañé y Miguel Hernando de Larramendi, que llevan años advirtiendo de la necesidad de entender y explicar el país vecino. Su último libro, escrito antes de que una revuelta pacífica y transversal protagonizara titulares, es buena muestra de su experiencia y finura de análisis.

El libro repasa la historia poscolonial del país norteafricano, así como los prolegómenos a su independencia tras una sanguinaria guerra (sobre el terreno y en las cancillerías) con Francia, que consideraba al hoy país más grande de África un puñado de departamentos. Gran parte del texto se basa en una estructura diacrónica, que permite entender con cada acontecimiento y desarrollo los cambios en la estructura institucional y sus efectos en la sociedad. A cada nuevo presidente, una nueva Argelia.

En primer lugar, el libro se centra en la gestación del Estado, y en las visiones e insuficiencias de la descolonización. En aquella época se erigió como formación hegemónica un Frente de Liberación Nacional (FLN) que representaba una visión unívoca de lo argelino. Fueron tomando forma dos pilares del régimen: histórico

y diplomático. A estas dos rentas se uniría en los años setenta la del maná petrolero, que reforzó la legitimidad doméstica de un Estado distribuidor y la legitimidad internacional de un actor que hacía oír su voz en foros como la OPEP. Entendemos así la realidad argelina hoy, en particular en lo que se refiere a la estructura de toma de decisiones –el velado *pouvoir*– ejército, fuerzas de seguridad y partido político en el poder, *mutatis mutandis*.

El volumen nos transporta a los años ochenta, en los que Argelia fue testigo de cuestionamientos de los principios revolucionarios, así como del resquebrajamiento de las citadas rentas. El surgimiento del islam político, como consecuencia de la apertura política, no entraba dentro de los cálculos del régimen, que con un golpe de Estado y represión sentó las bases de la *Década Negra*. El fin del conflicto llegó de la mano de la victoria de los halcones, y solo una figura reputada como la de Abdelaziz Buteflika podría recuperar parte del esplendor del pasado.

El tercer capítulo se centra en los esfuerzos de Buteflika por recuperar legitimidad doméstica e internacional. En el primer frente se logró la reconciliación, pero siguió creciendo el descontento, solo a veces apaciguado con la compra de paz social. No hubo *Primavera Árabe* argelina, pero se multiplicaron las microrrevueltas a lo largo y ancho del país. El poderapestaba cada vez más a corrupción y amiguismo. En la escena internacional, el 11-S sirvió para que Argel hiciera valer su experiencia antiterrorista.

La revuelta llegó en febrero de 2019, en un periodo de erosión de rentas y con una población cuyo orgullo había sido consumido. Jóvenes y mayores comparten problemas con sus vecinos. La posible reelección de un mandatario esclerótico encendió la mecha, y los ciudadanos tomaron las calles pidiendo una vuelta a las esencias de la República. La incapacidad del *pouvoir* de reconfigurar el equilibrio de poder ha sido puesta de manifiesto, y no parece que las purgas basten como solu-